

## LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO HISTÓRICO: ARTURO ARDAO

*Jorge Liberati*

La historia que escribe Ardao es la historia de las ideas y de los propósitos, de las intenciones solapadas, que son las que más abundan, y de los ideales, que son los que más escasean. No es sólo una historia de hechos y de instituciones, de figuras y batallas; en todo caso se trata de un concepto de batallas más amplio: el de las batallas espirituales. La historia que hace Ardao es una historia de paradigmas, de consensos, una historia dimensional, a veces visible, a veces invisible, que reside no pasivamente sino en forma dramática en el fondo de la memoria, frecuentemente en el borde de lo rescatable. Es también una teoría que se refleja asintóticamente en el plano de la historia. Es, en la más reconcentrada descripción posible, la teoría de la integración latinoamericana.

No hay en ella vestigios de ninguna ideología ni de ninguna política que no fuera la de la gran ideología y la de la gran política de la patria grande, que son muy diferentes a las usuales y que se reconocen sólo a la larga, después de fracasar mil veces en el plano de la acción pública. Sus fundamentos son culturalmente comunes: la lengua, la raza, la situación colonial original, el problema de la dependencia espiritual (más que la dependencia económico-política, porque ésta es común a la mayor parte de las naciones del planeta, y es la misma). Y los fundamentos también son comunes, y de futuro, porque se cifran en un destino obligatoriamente emancipatorio y con este ideal se aproxima una vez más a José Enrique Rodó.

El historiador de la filosofía argentino Juan Carlos Torchia Estrada ha dicho que con Ardao “surgió la historia de las ideas en el Uruguay. No la amplió, no la mejoró, la creó”. También, que “La obra de Ardao comienza en esa década clave de los años 40, en la cual la historiografía filosófica latinoamericana da un gigantesco paso adelante”. No le atrapan las explicaciones absolutistas y busca una teoría de consenso histórico, que en el plano formal sólo puede compararse con los intentos de Alexandre Koyré en el terreno de la historia de la ciencia, y con los paradigmas de su discípulo Thomas S. Kuhn. Ardao exhuma un paradigma, que no es sino el perfil histórico de un consenso todavía no conquistado entre los latinoamericanos.

En un documento cuya fecha y origen editorial desconocemos, Torchia Estrada señala que los trabajos filosóficos de Ardao están agru-

pados en dos libros: *Espacio e inteligencia* y *Lógica de la razón y lógica de la inteligencia*. El primero, dice Torchia Estrada, está compuesto por una serie de ensayos que abarca un período de treinta años de labor, desde 1958 a 1987, correspondiente a una época en que era el tiempo el que preocupaba más a los filósofos, y no tanto el espacio. El segundo, publicado en el año 2000, es un libro que corona la reflexión de Ardao sobre la inteligencia, cuyo tiempo de reflexión podría sospecharse como reciente. Observa que “el núcleo de razón e inteligencia estuvo presente en él muy tempranamente, de hecho antes de prácticamente toda su producción. Así lo ilustra la carta enviada a Francisco Romero el 19 de junio de 1941, donde se ve muy clara la anticipación que señalamos. En esta fecha faltaban cuatro años para que publicara su primer libro de historia de las ideas (*Filosofía pre-universitaria en el Uruguay*), y hacía apenas dos que había recogido su diploma de Doctor en Derecho por la Universidad de la República, es decir, apenas iniciaba su actividad profesional. Y si se puede suponer que para entonces su formación filosófica estaba en los comienzos, su inquietud teórica en cambio está bien definida”.

Vale la pena transcribir un fragmento de esa carta. Entre otras cosas dice Ardao: “quisiera expresarle que atribuyo enorme importancia al esclarecimiento de un punto que usted toca de pasada: la distinción entre razón e inteligencia. Todo el tema de su ensayo ronda en torno a la crisis contemporánea de la razón. Precisar bien aquella distinción contribuiría decisivamente –me parece– a resolver esta crisis.” Estas líneas de Ardao permiten relacionar su reflexión con la de Carlos Vaz Ferreira, orientada de manera similar, en el sentido de la razón, del descuido de la razón, descuido que parece alargarse hasta hoy. Recordemos el examen realizado por Vaz Ferreira apenas dos años antes, en 1939, en una conferencia en Buenos Aires intitulada “La actual crisis del mundo desde el punto de vista racional”. Allí Vaz Ferreira hablaba de la moral característica de su época y se ocupaba de denunciar el “debilitamiento y el enturbiamiento del raciocinio”. Insistía en la falla de la razón: “A la vista está –decía– que se trata de una falla en el razonamiento. Se comprueba un horror lógico por encima del horror moral”. Pues bien, esta conclusión de Vaz Ferreira es la misma que la de Ardao.

La crisis de la racionalidad es semejante a la pérdida de sentido histórico, otra crisis que sensibiliza a Ardao, agravada hoy en día. Hacia el final de la carta a Romero, afirma: “Especialmente aquí en el Uruguay la ausencia de sentido histórico en todos los órdenes de la vida nacional es alarmante”. El espacio y la inteligencia ocupan el lugar preferencial en los ensayos mencionados, afirma Torchia Estrada, y constituyen los tópicos a partir de los cuales Ardao desarrolla la idea de razón con el

propósito de incluirla en un concepto más amplio. En efecto, el espacio y la razón se asocian en un proceso mayor que constituye la inteligencia. Aquí interviene la comprensión histórica que, como había señalado Droysen, depende de un factor moral. El hecho aislado no es nada, no hace el tiempo de la historia. Los objetivos particulares sólo muestran impulsos y están sometidos al azar. El individuo ocupa un momento real de la historia cuando alcanza la moral y participa en ella. A propósito, Gadamer arguye que “La fuerza moral del individuo se convierte en un poder histórico en la medida en que participa en el trabajo para los grandes objetivos comunes”.

La facultad que está en juego es, pues, la conciencia histórica. Cabe a la historia el desarrollar esa facultad. Ya había dicho Marc Bloch que “El historiador no sale nunca del tiempo, pero por una oscilación necesaria, que ya el debate sobre los orígenes nos ha hecho ver, considera unas veces las grandes ondas de fenómenos emparentados que atraviesan la duración de parte a parte, y otras el momento humano en que estas corrientes se estrechan en la intrincada maraña de las conciencias” (p. 121). También escribe: “Nos ocuparemos conjuntamente del estudio del hombre individual, lo que será filosofía, y del estudio del hombre social, lo que será historia” (pág. 157).

Se podría apreciar la historia, a partir de estos supuestos, como la dimensión social en la que se desarrolla la inteligencia individual. Y ésta no es sólo la razón ni tampoco el espíritu solamente, los sentimientos, la sensibilidad, las pasiones, la imaginación. Le cabe a la historia no sólo la obra de desplegar la memoria documental y su correspondiente ordenación narratológica, con la que se llega a conocer los acontecimientos del pasado. Le cabe con igual o mayor incumbencia la labor de retrotraer lo que todavía palpita, la parte de la vida que no llegó a materializarse, todo aquello que no se puede perder en la niebla del olvido. Quien quiera encontrar *historicism* en esto, sólo tiene que abogar porque el historicismo incluya como designio de fondo esa aspiración fundamental de la razón histórica y de la inteligencia humana.

Paul Ricœur nos puede ayudar a comprender el sesgo historicista de Ardao que, por otra parte, nunca llevó al primer plano en sus escritos porque, con seguridad y conociéndolo como lo conocimos, lo habría tomado como asunto por encima de sus humildes propósitos. Ricœur vincula la historicidad y la historiografía mediante el examen que hace Heidegger de los sentidos de la palabra “historia”. Heidegger “Enumera y examina cuatro acepciones corriente del término: el pasado como no disponible; *el pasado como aún actuante* [nosotros subrayamos]; la historia como conjunto de las cosas transmitidas; la autoridad de la tradición. Detrás de estos cuatro modos se encuentra, según él, el *Geschehen*, el

“porvenir”, pero oculto bajo las apariencias del acontecimiento que se manifiesta y que es transmitido.” (pág 487)

El objeto de estudio de la historiografía, afirma Ricœur, es no sólo la de una institución que vivió sino, también, la de una institución que vive, que está activa. Para Michelet, por ejemplo, “la historia de Francia es la de un ser activo y vivo. ‘Antes de mí —pudo proclamar—, nadie la había abarcado con la mirada en la unidad viviente de los acontecimientos naturales y geográficos que la han formado. Fui el primero en verla como un alma y como una persona [...] Para reencontrar la vida histórica, sería preciso seguirla pacientemente en todos sus caminos, en todas sus formas, en todos sus elementos. Pero también haría falta una pasión mayor aún, rehacer, restablecer el juego de todos aquellos, la acción recíproca de esas fuerzas vivas en un poderoso movimiento que volvería a ser la vida misma.” (pág 491)

El logro que Michelet se atribuye a sí mismo es el que podemos atribuir a Ardao; en este caso, el que logra a partir del estudio de la historia de su patria y de América Latina. Él fue uno de los pocos que la vieron como un alma, como una persona. Se aprecia claramente la tarea del filósofo: permitir que se comprenda la razón de los hechos y de las cosas, para que esa razón refleje su beneficio en una proyección de futuro. Se comprende la tarea del filósofo de la historia, que se podría definir como la búsqueda del sentido histórico y la labor de liberación de la vida del olvido. Es, más bien, la tarea del hermenéutico de la historia.

El espacio para Ardao, más que un condicionante epistemológico que pueda explicar las maneras de conocer del hombre, por sus circunstancias físicas, es una relación entre los orígenes y el itinerario elegido. Este itinerario tiene lugar en el territorio geográfico; pero su relación con los orígenes no depende sólo del territorio físico en sí, sino también del sentido que le asigne el hombre, sentido que pasa por los ideales (lo que se esfuma más rápidamente). El espacio puede ser rico o pobre, puede estar bien o mal ubicado en el mapa, puede estar cerca o lejos de los centros de poder del mundo. Pero estas características no son nada para definir el espacio que en verdad importa. El espacio que importa se define por lo que la conciencia hace con las condiciones y las circunstancias, con esas suertes temporales que podrían haber sido otras. Sólo lo que se quiere hacer y se hace es lo que define al espacio. El espacio es el campo de fuerzas en donde se enfrentan el tiempo espiritual y el tiempo físico, cuyo resultado es el espacio de la inteligencia.

\* \* \*

Existe un espacio *interior*, un espacio físico determinado por la historia, que intuyó Rodó en un artículo de *El Mirador de Próspero*, intitulado “Magna Patria”: “Porque si la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos, y la contigüidad geográfica y cuanto puede dar fundamento real a la idea de una patria, no bastan para que el lenguaje del corazón borre entre nuestros pueblos las convencionales fronteras y dé nombre de ‘patria’ a lo que no lo es en el lenguaje de la política, ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?” (pág. 610)

La misma pregunta vale para inquirir sobre el historicismo de Ardao. Se trata de un historicismo que tiene como dinámica de fondo la conversión al presente de lo que palpita siempre y no se pierde en el olvido. Esta operación no sólo incluye la razón histórica; incluye especialmente la *inteligencia histórica*, la cual hay que enfrentar a la razón histórica orteguiana, fundamentos de la actividad humana, sin la que no es posible la comprensión del mundo y de nosotros mismos. No es la ciencia que estudia al hombre, en tanto el hombre pueda ser la historia del hombre, o sea, una simple reducción. Es un historicismo hermenéutico, un proyecto por el cual el presente puede interpretarse si se encuentra la pregunta que responde, aunque haya que ir a buscarla en el fondo último de los tiempos. Sólo así se puede empezar a entenderlo. *Entender*, precisamente, es la clave de la racionalidad, pero también del resto de las funciones psicológicas y cognitivas del hombre, incluida la moral. Entender el proyecto es tan importante para este historicismo como entender la realización, el propósito que se esconde por bajo los hechos tanto como los hechos, la pasión que domina la razón de ser, a veces determinante, tanto como el ser y su razón de existir.

La búsqueda en los orígenes remotos responde a un itinerario incidental, parecido a la que dominó el pensamiento de José Ortega y Gasset, y que explica el mismo Ardao en “Los dos europeísmos de Ortega, y la América Hispana”. Encontró Ortega, primero, una solución para España, un poco fuera del ritmo que marcaba el avance cultural de Europa: el de la europeización de España, remedio para el mal que aquejaba a su “invertebrada” circunstancia, diagnosticado por el español Ortega en sus *Meditaciones del Quijote*. Luego de la primera Guerra Mundial, una solución para Europa, el unionismo, la unión de Europa entrevista por el Ortega ciudadano europeo. Se trata entonces de un programa de salvación de las circunstancias europeas. Se podría decir que esa búsqueda

y el hallazgo de esas soluciones se dan también en Ardao. El uruguayo escrutador del espiritualismo y del positivismo, que suele señalar la vía europea como eje de la evolución intelectual de la patria, evoluciona hacia la unión de América Latina, el unionismo proclamado primero por los próceres, otra vez de pie como remedio de los males de un continente igualmente invertebrado.

\* \* \*

En el primer ensayo de *Espacio e inteligencia*, que lleva el título “Relaciones entre el espacio y la inteligencia”, Ardao establece una serie de distinciones referidas a la realidad espacial que se esconde en nuestra percepción del tiempo. Conducen a una conclusión indiscutible: las teorías del conocimiento basadas en el tiempo han olvidado que éste no es más que una forma de manifestarse el espacio.

Los días, parece decirnos, el ayer, el antes de ayer, los días que se han ido en el tiempo no son más que diferentes posiciones en el espacio. Son momentos nada más que en la representación. Imaginemos al planeta girando en su órbita en torno al sol. ¿Qué es lo que vemos? Sólo una esfera dando vueltas, es decir, cambios de posición. Para un observador ubicuo estos cambios serían sólo diferentes paisajes vistos simultáneamente. Lo que llamamos día pasaría a ser sólo la vista de uno de esos paisajes, es decir, una cuestión espacial.

Y al encarar la noción de antropología filosófica insiste, en el ensayo que sigue, en observar “la radical falsedad de una premisa convertida en incommovible axioma, hasta en el campo de los estudios positivos: la de la inespacialidad de lo psíquico” (pág. 45). Reitera la palabra “radical”, que revela la rotundez de su desacuerdo. Llega a componer en una sola noción lo extenso y lo intenso (en el sentido de lo no extenso): esta noción es la de *tensión*. La tensión es la única realidad, aunque sus caras sean la extensión y la intensidad.

Introduce, por fin, otro par de nociones que vienen a constituirse como natural derivación de las anteriores: la *exterioridad* y la *interioridad*. La exterioridad es la espacialidad extensa, mientras que la interioridad es la espacialidad intensa. La primera pertenece al orden de la simultaneidad, la segunda al de la sucesión (pág. 49). Hasta aquí queríamos llegar para ubicarnos en posición de entender cabalmente la filosofía de Ardao. No sólo la que está defendiendo aquí, al discutir y rectificar las ideas de Bergson, y proponer una complementación depuradora a la antropología filosófica de Scheler. No sólo entender la filosofía que asoma directamente en sus ensayos de filosofía primera, sino también la que se filtra en su historia de las ideas.

Concebir la exterioridad y la interioridad del espacio permite sostener la relación entre dos dimensiones generalmente desatendidas. Esto es lo que ha hecho Ardao: dar cuenta del fenómeno por el cual se ponen en contacto. La exterioridad de los espacios geográficos consiste en un hecho, quizá eventualidad, quizá predestinación: la conjunción del planeta y el hombre, un hecho que no puede definirse como histórico en sentido estricto. Este hecho es estudiado por las ciencias naturales. La interioridad del espacio, sin embargo, es algo más que un hecho, más que una eventualidad: es una construcción que ha corrido por cuenta del hombre, determinando su destino, sujeto a error y a modificación permanentemente, susceptible de reorientarse. ¿De qué manera puede el hombre desplegarse en el sentido de esta interioridad, relacionada con la sucesión pero radicalmente sustentada en el espacio de las simultaneidades? Quizá sólo valiéndose de la historia.

Así, por ejemplo, se refleja el par de ideas “latinidad” e “idea latina”. Una comunidad cultural que viene de la antigüedad y se extiende hasta nuestros días, esto es una exterioridad espacial estudiada por la geografía, por la etnografía, por la antropología física, es decir, la ciencia. Y una *idea*, es decir, una concepción posible entre otras, electiva, por ejemplo la que existe ahora, en este momento, la que rige la mentalidad de los gobernantes y de los políticos y geopolíticos. En tanto *idea*, es algo posible, elegible entre varias alternativas. Alguna de ellas es la del curso de la historia, aunque resulte compleja, compuesta, enredada, vicisitudinaria. Entre todas las ideas posibles existe una, que Ardao llama “idea latina”, que corresponde a una interioridad espacial. No es asunto para la ciencia sino para la filosofía de la historia y para la antropología filosófica. La interioridad del espacio está, pues, en el objetivo subyacente de la crítica filosófico-histórica de Arturo Ardao.

Existen caminos posibles, señales orientadoras, ideas fecundas, sugerencias y enseñanzas; existen tesoros inaprovechados. Es necesario conocerlos, valorarlos, seguir su origen disimulado. Y se hace necesario no sólo demostrar por qué surgieron sino, muchas veces, por qué no prosperaron. Esos caminos posibles e ideas no se han perdido. Están ahí, tanto en la sucesión como en la simultaneidad bergsonianas, es decir, en nosotros. El individuo humano es un pequeño historiador que anda en su búsqueda. Habita ese espacio, esa interioridad cuya geografía no importa. Él mismo lo genera aunque quizá no lo sepa, en el supuesto de que ha caído en un lugar predestinado o impuesto por vaya a saber qué razones de la historia. Tal vez no sabe que, aunque sea el titular de la circunstancia, él puede modificarla cuanto quiera. De esa modificación depende su vida.

## Bibliografía

Ardao, Arturo

“El unionismo hispanoamericano”, en *Artigas y la Confederación. El unionismo hispanoamericano*, Fin de Siglo, Montevideo, 2011.

*Espacio e inteligencia*, FCU-Biblioteca de Marcha, Montevideo, 1993.

”Los dos europeísmos de Ortega, y la América Hispana” (de 1984), reproducido en *Escritos trashumantes*, Linardi y Risso, Montevideo, 2009, págs. 217-235.

Bloch, Marc

*Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

Gadamer, Hans-Georg

*Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 1991, Tomo 1.

Ricœur, Paul

*La memoria, la historia, el olvido*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004.

Rodó, José Enrique

*Motivos de Proteo*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1957.

*El Mirador de Próspero*, en *Obras completas*, obra citada.

Torchia Estrada, Juan Carlos

Adhesión al Homenaje del Gobierno de Buenos Aires a Arturo Ardao y Arturo Andrés Roig, junio de 2000.

”Inteligencia y razón: un testimonio epistolar de Arturo Ardao”, fotocopia sin fecha proporcionada al autor por Arturo Ardao.